

## DON ANDRES BELLO Y DON JOSE FERNANDEZ MADRID

Escribe: GABRIEL GIRALDO JARAMILLO

Breve pero intensa fue la amistad de estos dos ilustres grancolombianos durante su residencia en Londres. Fernández Madrid desempeñaba el cargo de Ministro Plenipotenciario de Colombia ante el Gobierno de Su Majestad Británica y Bello estuvo por algún tiempo al frente de la secretaría de dicha misión diplomática. El neogranadino se encontraba en el ocaso de una brillante carrera pública: había nacido en Cartagena en 1789 y ocupado destacadas posiciones en la vida política en los días de la Primera República. Después de varios años de ejercicio de su profesión médica en La Habana y de una permanente actividad intelectual traducida en obras de teatro, prosa científica y poesía, se incorporó al servicio del país que lo había designado como jefe de la misión en Londres. Bello, a pesar de su talento, de su grande erudición, del valor de su obra poética que comenzaba a apreciarse en los círculos letrados, era todavía un desconocido. Desde 1810 residía en Londres donde desempeñó cargos secundarios pasando, como observa el señor Caro, a la condición de mero y desvalido emigrado.

La llegada a Londres de Fernández Madrid señala el fin de su carrera y el comienzo de la enfermedad que lo llevará a la tumba. La salida de Londres de Bello será la oportunidad de mostrar su talento privilegiado, sus dotes excepcionales de educador, de realizar una obra como ninguna otra fecunda en la historia de la cultura hispanoamericana.

Antes de conocerse personalmente se cruzan cartas de saludo, cordiales y sinceras, que anuncian lo que sería la futura entrañable amistad. Bello toma la iniciativa como correspondía al subalterno y desde Londres le da la bienvenida a Fernández

Madrid ofreciéndose a sus órdenes “con el triple título de súbdito, colega y paisano”. De París le contesta el granadino quien dedica buena parte de su carta a cuestiones literarias: “Ya había leído, le dice, y con mucho gusto, *El Repertorio Americano* que considero como utilísimo en América, y muy honroso para nosotros en Europa. Procuraré remitir a usted los materiales que pueda yo adquirir. El señor Olmedo me dijo que iba a remitir a usted unos versos míos. En caso de que lo haya hecho y de que usted resuelva insertarlos en *El Repertorio*, le suplico que no me nombre, pues hallándome negociando en esta corte, tal vez no sería prudencia”.

En esta forma estimulante para Bello y con el ofrecimiento de generosa colaboración se inicia la amistad. Pero el carácter del caraqueño, tímido y retraído, no facilita las relaciones inmediatas. Fernández le escribe a su esposa pocos meses después de llegar a Londres: “Ya te he hablado del género de vida que llevo: todo el día en casa, y por la noche un rato en el teatro, en el que no articulo una sílaba, porque no conozco a nadie ni me junto con nadie. Se me pasan hasta quince días sin ver a Rocafuerte, porque él vive muy lejos. Es mi único amigo. A Bello lo quiero porque es muy buen sujeto; pero tan reservado y puntilloso, que es imposible tener confianza en él”.

Se romperá pronto, sin embargo, el hielo. Son muchas las cosas que unen a los dos escritores. Ante todo sus intereses literarios, su afición poética, de alto vuelo en Bello como lo están demostrando sus *Silvas Americanas* compuestas en Londres, de menor envergadura en Fernández que no pasa de ser un poeta mediano, cuyos versos, según el decir de Olmedo, “corren como las aguas de un canal, no como las de un arroyo, susurrando, dando vueltas, durmiéndose, precipitándose y siempre salpicando las flores de la ribera”. Le daña su extraña facilidad en componer, agrega el ecuatoriano.

Esa amistad literaria se traduce, muy dentro del gusto de la época, en un intercambio de poesías. Fernández le envía a Bello con una botella de vino y con motivo del bautizo de su hija, estos versos:

*Si hoy, amigo,*

*Purificas*

*Con un poco*

*De agua limpia*

*Los pecados*

*De tu Anita*

¡Los pecados!  
 ¡Qué herejía!);  
 Si hoy más claro,  
 La bautizas,  
 Es preciso  
 Que me admitas  
 Esa dosis  
 De alegría.  
 He de darte  
 Las albricias,  
 Caro amigo  
 Si adivinas  
 Dónde vive  
 La alegría.  
 Tú lo ignoras,

Y a fe mía,  
 Es materia  
 En que deliran  
 Los más doctos  
 Moralistas,  
 Como el oro  
 Entre la mina,  
 Bajo tierra  
 Está escondida  
 Cerca está  
 De la cocina  
 Y una cueva  
 Negra y fría  
 Es la estancia  
 Donde habita.

Y Bello le dedica como saludo de año nuevo los siguientes:

Hoy que comienza, Darmid,  
 nuevo giro el astro bello,  
 que a nuestro humilde planeta  
 mide los pasos del tiempo,  
 ¿Qué te desea el amigo  
 que se cuenta poco menos  
 que primero en el cariño  
 aunque en la fecha postrero?  
 Salud, de todos los bienes  
 el necesario supuesto,

y que goces a tu Amira  
 por largos años y buenos.  
 Y que de vuestra existencia  
 veáis los dulces renuevos  
 como crecer en edad  
 crecer en merecimientos.  
 Y si tras esto Fortuna,  
 a la virtud sonriendo,  
 quisiera esta sola vez  
 contravenir a sus fueros...

El ministro colombiano encuentra en su secretario no solo un colaborador eficaz en sus tareas diplomáticas, sino un guía generoso y un discreto consejero en sus labores literarias. A pesar de su alta posición Fernández no desdeñaba las enseñanzas de su subalterno, así como respetaba su criterio y admiraba sus vastos conocimientos. En el prefacio de sus poesías impresas en Londres en 1828 escribe con justicia: "Los defectos de estos versos serían más numerosos si no hubiese corregido mu-

chos de ellos con arreglo a las indicaciones que tuvieron la bondad de hacerme mis amigos los señores Olmedo y Bello. No perderé, pues, esta ocasión, de dar un público testimonio de mi reconocimiento a estos dos distinguidos poetas colombianos, que tanto honor hacen a su patria”.

En *El Repertorio Americano*, la excelente publicación que Bello dirigió en Londres, publica Fernández Madrid la letrilla *A Desval* (Tomo IV, pp. 10-11) y aparece un comentario de Bello a una de sus más celebradas composiciones *Elegías Nacionales Peruanas* (tomo I, pp. 294-320) y otro a la tragedia *Guatimoc* (tomo IV, pp. 296-314). No fue muy extensa la colaboración pues los menesteres diplomáticos de Fernández Madrid le embargaban todo el tiempo y su salud era, por otra parte, en extremo precaria.

La víspera de partir hacia Chile escribe Bello a Fernández una breve carta que es el resumen de toda su amistad, su reconocimiento, su afecto profundo. Qué lejanos están los términos tímidos y distantes de la primera carta de saludo. Ahora habla el amigo que no teme abrir su corazón y manifestar con sincera ingenuidad sus sentimientos: “¡Qué no pueda yo expresar a usted la tierna gratitud de que parto penetrado! Vivirá, amigo mío, vivirá para siempre en mi corazón la memoria de los favores de usted, de su constante indulgencia a mis faltas, y del cariño y estimación con que me ha honrado. Haber inspirado a usted estos sentimientos, es mi orgullo, mi consuelo entre tantos motivos de humillación; cultivarlos será la felicidad de mi vida”. Y la despedida no puede ser más familiar y dicente: “Un beso a Perico, y ¡adiós! ¡adiós!”.

Ya en Santiago de Chile y con fecha 20 de agosto de 1829, escribe Bello a su amigo dándole cuenta de sus primeras experiencias en el país que generosamente lo ha acogido. Le habla de sus problemas personales y se refiere a la obra poética del granadino que había llevado consigo: “Siento decir a usted que creo haber traído demasiados ejemplares de su colección de poesías. La bella literatura tiene aquí todavía pocos admiradores. He hecho, sin embargo, y hago cuanto puedo para facilitar su despacho. He dado noticias de ella en los periódicos, y saldrá otra más completa en el próximo número de *El Mercurio Chileno*, papel excelente que se publica aquí bajo los auspicios del gobierno y la dirección de Mora, y que con todas estas reco-

mendaciones no tiene quizá sesenta lectores en todo el territorio de la república”.

Bello tributa un nuevo homenaje a Fernández Madrid en el comentario sobre la segunda edición de las *Poesías* que escribe para el *Mercurio Chileno*, y que tiene, por otra parte, el mérito de ser el primer escrito que publicó en Chile. Como todo lo salido de su pluma esta nota crítica es levantada, conceptuosa y erudita. Es un intento logrado de ubicar a Fernández Madrid dentro del ámbito poético de su tiempo, señalando sus características esenciales. Discreto en el elogio no lo escatima, sin embargo: “Su autor —dice refiriéndose a la obra— es un colombiano distinguido, cuyas disposiciones favorables a la poesía han sido fomentadas de consuno por el genio de los amores, y por el de la libertad. La dote principal de su talento es la flexibilidad; así es que sobresale en el género anacreóntico, y en las graves meditaciones a que han dado lugar los sucesos importantes de su era”.

La adhesión y simpatía de Bello por Fernández era la natural consecuencia de la generosa acogida y el cordial interés que el diplomático colombiano le había brindado durante su estada en Londres. Buena prueba de estos sentimientos la encontramos en la carta que Fernández dirige al Libertador poco antes de la partida del ilustre caraqueño para Chile. Dice así: “El señor Vergara me avisa de oficio que el señor Bello está nombrado Cónsul General en Francia. No se si aceptará, porque ha tiempo que le oigo hablar de la necesidad en que se encuentra de dejar la Europa, por estar apurados sus recursos y serle absolutamente imposible subsistir aquí por más tiempo. Bien sabe usted que tiene familia, y que por espacio de un año no hemos recibido nuestros sueldos. Parece que algunos amigos del señor Bello le han escrito desde Chile ofreciéndole su protección en aquel país. En mi concepto, la pérdida del señor Bello debe ser muy sensible a Colombia, porque tenemos muy pocos hombres que reúnan la integridad, talentos e instrucción que distinguen a Bello. Yo siento mucho verlo separarse de mí, porque en cualquier asunto grave que pueda ofrecerse, sus consejos y sus luces me serían muy útiles. Es por demás decir a usted que mis recursos y mi casa han estado siempre a su disposición; pero usted conoce su genio, demasiado reservado; así nunca ha hecho uso de mis sinceras y reiteradas ofertas”.

Por fortuna el anunciado nombramiento no tuvo lugar, pues si Bello hubiera permanecido en Europa se habría frustrado, quizás definitivamente, su obra de educador, de hombre de ciencia, de gramático, de internacionalista, de jurisconsulto que desarrolló tan fecundamente en Chile. No lo perdió Colombia pues sus enseñanzas tuvieron en las tierras libertadas por Bolívar discípulos aprovechados y sus obras se vincularon en forma profunda y perdurable a las instituciones nacionales. Desde su magisterio chileno regentó una cátedra de civilización que se proyectó por todo el continente, por esa su amada tierra americana a la que él contribuyó como ninguno a darle un contenido espiritual.